

Don Alfonso se dirigió á Florencia, y tomando un aya para Esperanza, empezó á cumplir la palabra que habia dado á Isabel.

Todos sus cuidados los reconcentró en la niña.

Aún no hacia un mes que estaba Isabel en la aldea, cuando un arriero anunció que habia sido preso el asesino de la molinera en los alrededores de Valladolid.

—¿Sabeis quién es? preguntó Isabel.

—He oído decir que es un hidalgo.

—¿Recordais su nombre?

—Vaya si lo recuerdo; Alonso Velez de Guzman.

Isabel se inmutó.

Dos días despues abandonó la aldea y se encaminó á Valladolid.

## CAPITULO XXXVI.

### El fantasma.



ómo habia descubierto la justicia al verdadero criminal?

Para contestar á esta pregunta, necesito llevar á mis lectores, en el dia que siguió al asesinato de la molinera, á la misma casa en donde habia ocurrido la catástrofe.

Nadie oyó el tiro que habia disparado don Alfonso; pero por la mañana muy temprano las labradoras que salieron al campo vieron abierta una de las ventanas del molino, y en ella una cuerda, que sin duda habia servido á un criminal para entrar en su habitacion ó salir de ella.

El primero que llegó se detuvo á contemplar la cuerda, manifestó sus dudas á los que llegaron despues, unos y otros comentaron aquel indicio, y resolvieron volver á Valladolid á dar parte á la Santa Hermandad de aquel descubrimiento.

Inmediatamente se dirigió la justicia al molino.

Examinando bien el terreno, vieron las herraduras de una mula desde la puerta de la casa hasta la ciudad.

Las mismas huellas encontraron en el camino que conducia desde el molino á Torrelobaton.

Al pié de la ventana descubrieron muy marcada la forma de la suela de dos borcegués, y en direccion hácia el punto en donde cayó herida Isabel casi las mismas huellas, aunque imperceptibles.

Todo aquello indicaba que se habia descolgado una persona desde la ventana.

¿Pero con qué objeto?

Llamaron á la puerta y nadie respondió.

Inmediatamente dispuso la autoridad que se buscara un herrero para que forzase la cerradura.

Llegó el herrero, y en medio de un concurso numeroso, que acudió al teatro de la catástrofe poseido de la más viva curiosidad, se abrió la puerta y penetró el alcalde con el escribano y los cuadrilleros.

Al llegar á la habitacion de la molinera comprendieron lo que habia pasado.

La pobre mujer estaba muerta encima de su lecho, del mismo modo que la habia dejado Alonso Velez.

Examinando el cadáver, comprendieron que su asesino la habia atado, porque en las muñecas se conservaba todavía la línea cárdena que habia formado la ligadura.

Confrontando la cuerda con la línea, vieron que la cuerda que habia servido al asesino para escaparse era la que habia utilizado para atarla.

Convencidos por estos indicios de que la molinera habia sucumbido violentamente, registraron la habitacion, y viendo que el arca estaba abierta, se convencieron de que la molinera habia sido asesinada por el ladrón; y que habia sido uno solo, lo demostraban las huellas iguales de sus borceguíes.

Instantáneamente se llamó á las personas más próximas al molino, y sufrieron un interrogatorio.

La autoridad supo por ellas que Celestina vivia sola, que era viuda, y que habia motivos para creer que guardaba bastante dinero.

Desde la muerte de su marido no habian entrado en su casa más que dos mozos para hacer las moliendas.

Pero hacia diez dias que habia despedido á los mozos.

No faltó, sin embargo, quien hubiera visto entrar en su casa un hidalgo, precisamente el mismo dia en que se decretó la prision de los que habian calumniado á Cristóbal Colon.

Este era un dato muy importante, que hacia suponer desde luego que el que habia entrado en el molino, y no habia vuelto á salir, era uno de los sentenciados, que habia buscado allí un asilo.

Margarite estaba en un castillo.

El padre Boil habia salido á sufrir su condena en el seminario penitencial de Zaragoza.

Se habian recibido noticias de Portugal anunciando la llegada de Américo Vespucio, y habia motivos para creer que Bernal diaz de Pisa habia traspasado la frontera de Francia.

En cambio no se sabia nada absolutamente del paradero de Alonso Velez.

Se pidieron las señas del desconocido á la persona que le habia visto entrar en el molino, y las señas que dió convenian con las de Alonso Velez.

Los antecedentes de este hombre aumentaron las probabilidades de que hubiera sido él el asesino, y no resultando responsabilidad contra ninguna otra persona, despues de disponer la autoridad que se diera sepultura al cadáver, se procedió á buscar al presunto reo.

La Santa Hermandad pasó aviso á los cuadrilleros de las poblaciones más próximas, dictando auto de prision contra Alonso Velez de Guzman en cuanto fuere habido.

El malvado se habia dirigido hácia Torrelobaton, y hallando en el camino á muy corta distancia á un pastor, le preguntó cuál era el pueblo más próximo.

El pastor le dijo que á cosa de tres leguas se hallaba el indicado pueblo.

—¿Y no hay algun atajo? preguntó Alonso Velez.

—Uno hay, pero nadie se atreve á pasar á estas horas por él.

—¿Por qué razon?

—Porque hay á unas diez varas del sendero un caseron deshabitado, que se incendió hace más de diez años, y abandonado por sus dueños fué escogido por las brujas para aquelarre.

—Guiadme á esa madriguera, dijo Alonso Velez.

—¡Dios me libre de semejaute cosa!

—Te daré diez maravedís de plata.

—Aunque me diera vuesa merced ciento.

—Pues indicame al ménos por dónde debo ir.

—¿No tiene vuesa merced miedo á las brujas?

—Algo las temo; pero necesito llegar cuanto ántes al pueblo, y estoy dispuesto á arrostrarlo todo.

El pastor le indicó el sendero, y Alonso Velez se encaminó por él y llegó á media noche á descubrir las derruidas paredes de aquella casa de siniestro aspecto.

Se apeó de su mula, aguardó á que fuera de día, y apenas amaneció se dirigió al pueblo; allí vendió la mula, compró provisiones, y se volvió al caseron, donde propuso ocultarse de todo el mundo para aguardar allí una ocasion favorable de dirigirse á la frontera.

El mejor medio de conseguir su objeto le pareció que era infundir pavor á los aldeanos.

Con la resina de algunos árboles próximos á la casa hizo unas teas, y á cosa de las ánimas salia de su escondrijo, y con una tea encendida daba grandes carreras circulares.

Los vecinos más próximos al caseron vieron en medio de la oscuridad de la noche aquella luz que se movía precipitadamente formando círculos, y no dudaron de que las brujas se entregaban en aquellos momentos á sus desenfrenados placeres.

La voz circuló, se confirmó el temor de los aldeanos, y no había nadie que se atreviera á pasar ni aun de día por los alrededores del aquelarre.

Alonso consiguió su objeto.

Cuando se le acababan las provisiones iba como un pordiosero á las aldeas inmediatas; pedia limosna en unas, se proveía en otras de víveres, y al llegar la noche comenzaba de nuevo sus paseos nocturnos con la tea encendida, aumentando el pavor de los labradores de los contornos.

La noticia de las luminarias de las brujas llegó á conocimiento de la Santa Hermandad, la cual, no queriendo convencerse de las hablillas de los labradores, aunque á cierta distancia, acudió á presenciar los paseos nocturnos de las brujas.

No tardó en convencerse de que habia verdad en las versiones de los habitantes de aquellas cercanías.

Un cuadrillero muy valiente:

—Sois unos cobardes, dijo á sus compañeros. Los brujos viven de miedo que tenemos los cristianos. Vamos á reunirnos unos cuantos, á ir por distintos lados hasta el aquelarre, y yo no dudo que al verse en nuestra presencia, ó se entregarán y podremos ver qué casta de pájaros son, ó huirán y no volverán jamas á estos sitios.

Todos calificaron de temeraria aquella empresa; pero el cuadrillero excitó su amor propio, y convocando á muchos vecinos de los pueblos inmediatos y á algunos otros cuadrilleros, se dispusieron á sorprender una noche á las brujas en sus desenfrenados paseos.

Se dividieron en cuatro grupos, perfectamente armados, y con linternas sordas, aunque la mayor parte de ellos tiritando de miedo, fueron acercándose al caseron.

A cosa de las ánimas salió Alonso Velez con su tea, y los más valientes retrocedieron.

Uno de ellos llevaba un arcabuz, y creyéndose en gran peligro, lo disparó.

Alonso Velez se estremeció al oír el disparo.

Arrojó la tea, puso el oído en el suelo, y apercibió el rumor de los pasos de los que se aprestaban á sorprenderle.

—¡Malo! se dijo. Voy à caer en la ratonera: es necesario amedrentarlos.

Y cogiendo de nuevo la tea, comenzó á hacer contorsiones y á dar saltos, con el objeto de asustar á los que le perseguían.

Pero el cuadrillero valiente:

—¡Animo, compañeros! dijo á los suyos. ¡Adelante, y trabucazo limpio!

Y gritó para que le oyeran los de las otras divisiones:

—¡A ellas! . . . ¡A ellas!

A un mismo tiempo se dispararon más de veinte arcabuces.

Alonso abandonó la tea, la apagó, y corrió á refugiarse en su madriguera.

Poco despues oyó cerca de la casa estas palabras:

—Ya son nuestras, dijo el cuadrillero; se han refugiado en la casa, y de aquí no saldrán más que presas ó muertas.

Con el objeto de amedrentarlos más, desde el fondo de la cueva del caseron comenzó Alonso Velez á dar alaridos.

Muchos retrocedieron.

Pero el cuadrillero valiente:

—Os declaro cobardes, dijo, ó teneis que seguirme hasta encontrar á esas taimadas.

Y se precipitó en la casa seguido de otros varios.

Alonso Velez se vió perdido.

—¡Piedad, piedad! exclamó.

—Sal aquí, ó mueres, dijo el cuadrillero.

El falso brujo no tuvo más remedio que entregarse.

Despues de amarrarle bien codo con codo, registraron todos los rincones de la casa hasta convencerse de que las brujas estaban reducidas á un solo hombre.

Lo llevaron atado á la aldea, eundió la voz de que las brujas se habian trasformado en un hombre, y las personas más timoratas opinaron que lo primero que debia hacerse era exorcitársele.

Practicó esta operacion el cura de la aldea, y la noticia no tardó en llegar á Valladolid.

Inmediatamente se envió orden para que fuera trasladado allí el preso.

Obedeciése este mandato, y la Providencia, que castiga á los culpables, quiso que en el tránsito por las calles de Valladolid hasta la Inquisicion le reconociesen algunas personas.

Por de pronto tenia la justicia en su poder á Alonso Velez, condenado en rebeldía á dos años de galeras.

Respecto á su culpabilidad en el asesinato de la molinera, fué interrogado por el Santo Tribunal.

Las monedas que se le habian encontrado le acusaban.

Algunas de ellas fueron reconocidas por labradores que se las habian entregado á Celestina en pago de las moliendas que habian hecho en su casa.

Alonso Velez, aunque conmovido al oír la reseña del asesinato de la molinera, negó su culpabilidad.

Entónces se dispuso que fueran confrontados sus borceguies con las huellas que se habian hallado al pié de la ventana.

Las pisadas habian sido cercadas por cuatro adobes para que nadie pudiera destruirlas.

Desgraciadamente habian hecho allí su madriguera unos conejos, y las huellas habian desaparecido.

Pero fué careado el reo con la mujer que le habia visto entrar en casa de la molinera, y la tal declaró que era él.

Como á pesar de esto no declaraba, se le llevó al potro. En la primera prueba confesó que en efecto habia sido el asesino de Celestina, pero declaró que no se habia arrojado por la ventana, sino que habia huido en una mula; y para demostrarlo invocó el testimonio de la persona á quien la habia vendido en Torrelobaton.

Sin perjuicio de averiguar más tarde quién era el que se habia escapado por la ventana, bastaba la confesion que habia hecho Alonso Velez para que se le impusiera el castigo merecido.

Fué condenado á muerte, y precisamente el dia en que le pusieron en capilla para llevarle desde allí al suplicio, llegó Isabel á Valladolid.

## CAPITULO XXXVII.

Donde se ve cómo un malvado muere á manos de la honra.



SABEL iba resuelta á realizar un plan que habia concebido instantáneamente al saber la calumnia de que habia sido objeto Alonso Velez.

No teniendo donde alojarse, se dirigió á casa de Aldonza, y allí supo tambien que don Alfonso se habia llevado la hija de Américo Vespucio.

Ho-pedada en casa de la pobre mujer, cambió su traje de hombre por el de su verdadero sexo, mandó comprar tocas de luto, y ya con ese traje salió á la calle, dirigiéndose á casa de un espadero.

Allí compró una daga, que, segun dijo, la habian encargado, y ocultándola bajo sus tocas, se encaminó á la cárcel de la Inquisicion y preguntó por el Inquisidor general.

—No puede recibiros, le dijo uno de los familiares.

—Tened la bondad de manifestarle, añadió, que necesito verle para hablarle del reo que está en capilla.

Estas últimas palabras le franquearon la puerta del lóbrigo despacho en donde á la sazón se hallaba el Inquisidor.

—Vengo á pedir una gracia, dijo Isabel, cayendo de rodillas á los piés del ministro del Señor.

—¿Qué quereis?

—Soy esposa del reo que está en capilla. No imploro su perdon, porque estoy segura de que merece el castigo que el